

Y perdónesenos esta larga palabrada, no del todo a humo de pajas...

Estábamos liados con esas dos voces que traen a maltraer a muchos. Y parece mentira que siendo la gente tan glotona que deje chiquito a un Heliogábalo, Lúculo, Apicio o Trimalción, desconozca el vocabulario de la Gastronomía. Que tan pronto, lo vario y rico de un condimento requiera el empleo de la palabra *especia*, incúrrase en el *desaguisado*—nunca más significativo y alusivo el termino—de usar la otra expresión—*especie*—de semejante morfología, pero de mayor empaque ideológico.

Que el lector, si gusta de estos entretenimientos lingüísticos, observe cómo emplean nuestros escritores clásicos y modernos, las dos voces objeto de la presente glosa.

«Mas dí, ¿no adoras y precias—la morcilla ilustre y rica?—¡Cómo la traidora pica!—Tal debe tener especias». Baltasar de Alcázar (*Una cena*).

«Yo, con esta farmacopea sencillísima, soy el reverso de nuestros boticarios florentinos, los cuales, en sus boticas, tienen especias de oriente... Castelar. (*Fra Filippo Lippi*).

«...y habrá, como si lo viera, confituras en forma de castillos, diluvio de especias orientales, vinos de Atenas... (Ibidem).

«Tus enemigos propalan la especie, ya de que te has fugado, ya de que te has muerto». Castelar (*El suspiro del Moro*).

«Además de tal especie soberana, los había rouneas..., francos..., dervenienses»... (Ibidem).

«...no perjudicaban a los que necesitaban manjares suculentos y ricos en especias». Julio Nombela. (*Impresiones y recuerdos*).

«Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,—y Ceilán perfumada especería». D. Javier de Burgos. (*A los progresos de la Industria*).

—Con las *especies*, cuidado.

—¡*Especias*, querrás decir!
que especias son, Valentín,
la nuez moscada y el clavo.

UN APRENDIZ DE HABLISTA



MANUEL ARCE

CUALQUIER DIA DE ESTA SEMANA

(DRAMA EN UN ACTO)

Personajes:

VENDEDOR

CARLOS

VOZ

CLIENTE 1.º

CLIENTE 2.º

CLIENTE 3.º

HOMBRE

En España. Una ciudad cualquiera. Hoy.



CUALQUIER DIA DE ESTA SEMANA

A mi amigo Francisco Gil Pila.

(Una calle. A la derecha y en primer plano, la pared de una casa haciendo esquina. Convergiendo hacia el fondo, un edificio que desemboca en otra calle. En la casa de enfrente, en el segundo piso, una ventana que deberá iluminarse. A la izquierda y en primer plano una cabina telefónica. A su lado un puesto de periódicos.—Todo esto contra una verja de hierro—Por detrás, hilera de casas que converge hacia el fondo. Son la diez y media de la noche. Ha llovido.)

EN ESCENA

(El vendedor desata un paquete con periódicos de la noche que le acaban de llegar).

VENDEDOR —(Guardando cuidadosamente la cuerda en el bolsillo.) Ha salido... Periódico de la noche. Lean... (Alargando las últimas letras.)

VOZ (Lejana repite el pregón.)

CARLOS —(Aparece por la izquierda. Es alto, moreno. Viste traje gris, camisa negra y corbata clara. Su andar es de una elegancia un tanto descuidada. Viene despacio.) Buenas noches, Martín.

VENDEDOR —(Que está distraído colocando en unas cuerdas sus periódicos.) Muy buenas, señor. (Le alarga un periódico.) Hoy pasa usted primero. (Coge el dinero y cobra mientras sigue hablando.) No creo que la encuentre en casa. No la he visto pasar y ya sabe que acostumbra a venir por este lado. (Señala con la cabeza hacia la izquierda.)

CARLOS —(Con aire distraído.) Sí, ya sé. Pero estoy un poco aburrido y no me pega el meterme en ninguna parte. (Recoge la vuelta.) La esperaré aquí un momento y si tarda subiré yo sólo. (Saca un pitillo. Mirando al cielo.) Hace una noche espléndida. (Se pone el pitillo en la boca y enciende tirando después la caja vacía.) ¿Qué tal su hijo, Martín? (Da una honda chupada a su cigarro.)

VENDEDOR —(Haciendo un gesto de disgusto.) Como siempre. Yo hace días que ni hablo con él. (Cambiando de tono.) Bueno, en realidad él es quien no habla conmigo. Como verá, esto no es nada agradable en una familia. Yo ya no sé qué hacer, ni qué decir. Y lo que tiene gracia es que mi mujer todavía le defiende. (Breve pausa.) El se empeña en que yo no le comprendo. Ya sabe usted: ¡que si soy viejo; que si no vivo al día; que si me he quedado en los tiempos de

Maricastaña; que yo no he sido nunca joven; que si la vida ahora es así y es asao!... (Se encoge de hombros.) Ya ve usted. ¡El panoli! ¡Uno no sabe lo que es la vida! Y me lo dice a mí: a su padre. Me lo dice mi propio hijo. ¿Comprende? Mi propio hijo. (Subiendo de tono.) Pero si no; si la culpa no la tiene él. Si la tenemos nosotros: su madre y yo. ¡Por imbéciles! (Imitando a la madre.) Que si no debemos ponerle a vender periódicos; que si tiene que estudiar... (Hace un gesto de asco.) ¿Para qué? Tiene veinte años y no sirve más que para quejarse de todo. Se pasa la vida leyendo filosofías y otras zarandajas por el estilo. Yo se lo confieso: aunque no me gustan esas cosas, a veces he llegado a pensar que tal vez llegue lejos. Pero quiá. (Suspira). Los hijos nunca se darán cuenta de que son ellos quienes no entienden a los padres. (Levantando la mano.) ¡A veces se me pasan unas ganas de largarle un sopapo! Pero para qué? (Se encoge de hombros.) Ya no tiene remedio. Es demasiado ambicioso y no podrá conformarse nunca con lo que tiene. Esto es lo que me da más miedo. Terminará mal; yo siempre se lo repito a su madre...

CARLOS —(Con una sonrisa en los labios.) Yo creo que se preocupa usted demasiado. (Da una chupada a su pitillo y echa el humo hacia arriba.) Está lleno de inquietudes, y esto es bueno. Déjele usted. En el fondo, todos los caminos de la vida conducen a un mismo fin: el de vivir bien. ¿Qué importa uno u otro? Lo principal es lo último: el poder vivir mejor. Yo siempre me lo repito así. (Se señala con el dedo.) Y mire usted; aquí estoy.

VENDEDOR —(Meneando la cabeza.) Sí, sí. Pero usted es usted y no mi hijo. (Hace un gesto vago con la mano.) Además usted tiene una posición y mi hijo no. Esta es la diferencia.

CARLOS —(Sonriendo.) Sí, esto es verdad. Sin embargo yo creo que la equivocación de los padres es precisamente el no querer ver que sus hijos son hombres como los demás. La vida es la vida. Ya sabe usted. A los hijos se les debe de soltar. Que aprendan a luchar, eso es lo bueno...

VENDEDOR —(Con gesto de desconformidad.) Ideas, ideas. No, don Carlos. No estoy en eso de acuerdo con usted. Tal vez, como dice mi hijo, esto suceda porque soy un viejales, pero, pienso de otra manera...

CLIENTE 1.º —(Viene por la derecha. Viste trinchera clara con cuello subido y sombrero. Anda ligero.) ¿Me da un diario?

VENDEDOR —(Alargándole uno.) Buenas noches, señor. (Cobra y le da la vuelta.) Usted siga bien. Buenas noches.

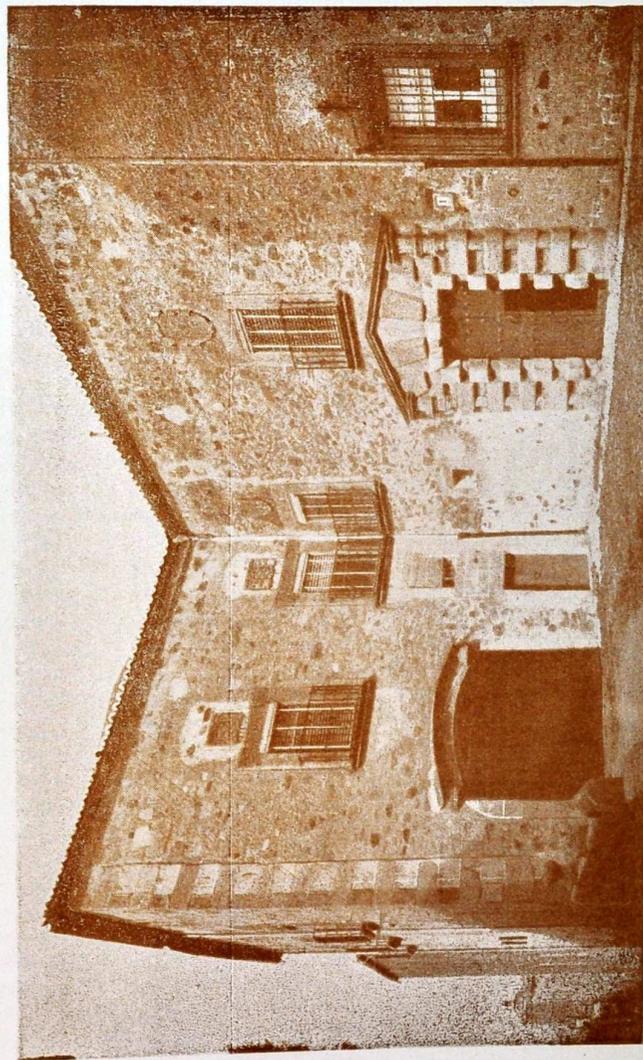
CLIENTE 1.º —Gracias. Adiós (Se va desdoblado el periódico).

VENDEDOR —Es raro... pero... (Mira interrogativamente a Carlos).

CARLOS —(Con acento distraído.) ¿Qué ocurre, Martín?

VENDEDOR —(Señalando con la cabeza.) ¿Conoce usted a ese señor?

- CARLOS —(Mira.) No. ¿Por qué? (Da una larga chupada a su pitillo y tira la ceniza.)
- VENDEDOR —Puede que sea una tontería: pero se parece al de la otra noche. Sí. Lo apostaría.
- CARLOS —(Que mira hacia donde se ha alejado el Cliente 1.º con más atención, como siguiéndole con la vista.) ¿Quién de la otra noche? Díme. (Sube la voz.) ¡Pronto!
- VENDEDOR —(Mirando a Carlos un poco sorprendido por el tono de éste.) Bueno... Tal vez... sólo fuese una suposición mía... Pero, juraría que era él...
- CARLOS —(Mira al vendedor.) No te entiendo, Martín. ¿Qué es lo que quieres decir? ¿No es uno de tus habituales clientes?
- VENDEDOR —(Moviendo negativamente la cabeza.) No. Nunca me había comprado ni le conocía siquiera de vista. La primera vez que le ví fué el lunes. El mismo día que a su novia y a usted les vinieron a buscar en un coche...
- CARLOS —(Como no dando importancia a lo que el Vendedor le estaba contando) Ya, ya... ¿Y qué? Hasta ahora no veo nada de particular en lo que me cuentas. (Pone lentamente el cigarro en los labios.)
- VENDEDOR —(Encogiéndose de hombros.) Yo tampoco... Quiero decir, que si no hubiera pasado más que esto, yo no hubiese reparado en el individuo. Soy muy mal fisionomista. Precisamente mi mujer siempre me lo está diciendo. Esta es, además, una de las razones por las que yo no fío el periódico al primero que pase, así, por las buenas... Pero es que el lunes. (Con tono confidencial y cogiéndole del hombro.) Cuando pasó usted en el coche... ¡ya recordará que le saludé!, este tío, que estaba a mi lado (primero había estado telefoneando), me preguntó: *¿Cliente suyo, no?* «Así es», le contesté. «Y de los buenos». «Buena mujer que se pasea». (También se había fijado en su novia, el july). «Su novia», le corregí. «Viene todas las noches a verla»... Y... eso fué todo... Pero me dió mala espina. No sé por qué, pero me dió mala espina. (Como recordando algo.) Ahora recuerdo que al final me dijo: *¿Conque son novios, he?* Y aquello me hizo pensar...
- CARLOS —(Manteniendo a duras penas una aparente despreocupación.) ¡Quién sabe! Tal vez le interpretaste mal. (Se encoge de hombros.) ¿Estás seguro que era el mismo hombre?
- VENDEDOR —(Asintiendo con la cabeza.) Casi me atrevería a jurarlo. Ya le dígo que soy mal fisionomista. Tardo mucho en merterme el retrato de los clientes en la mollera. (Se toca con el índice la frente.) Pero cuando alguien me entra por el ojo ya no hay quien me le despinte. Recuerdo que un tipo...
- CARLOS —(Sin dejarle que siguiera.) ¿Estás seguro que fué el lunes? Piénsalo, Martín. No es que tenga importancia, pero comienzo a sentir curiosidad por lo que dices. (Mira a



ALBUM EXTREMENO: Cáceres, Palacio de Adanero

ambos lados de la calle. Da una calada a su cigarro y echa el humo hacia arriba con aire despreocupado.)

CLIENTE 2.º —(Por la derecha aparece un hombre. Es el Cliente 2.º. Viene paseando. Como el que no tiene mucha prisa, ni sitio donde llegar.) ¿Qué tal, Martín?

VENDEDOR —(Con las manos en los bolsillos de su chaqueta.) Vaya, vamos tirando. No todos podemos vivir como usted, don José. ¿Le doy el diario, verdad?

CLIENTE 2.º —(Asintiendo con la cabeza.) Sí. (Saca el dinero del bolsillo lentamente.) Todo el mundo se queja, Martín... El mundo es una porquería. El dinero, el dinero, siempre el dinero... Con lo tranquilo que se puede vivir sin él (Mira a Carlos interrogativamente.) Tengo ganas de encontrar a un hombre que no se queje de su suerte. Sería un hombre interesante ¿verdad? (Vuelve a mirar a Carlos.) ¡Pero que muy interesante...!

CARLOS —(Fumando impassiblemente.) Tal vez. Nunca he pensado en ello.

CLIENTE 2.º —(Con una sonrisita.) ¿En el dinero? (Le observa.)

CARLOS —(Lacónicamente.) No. En el hombre. (Mira su reloj de pulsera.)

VENDEDOR —No creo que exista ese hombre, don José. Hoy la vida es dura. Habrá pocos que no tengan preocupaciones y muchos menos que estén contentos con su suerte. Si no hubiese que luchar por la sopa de ajo, la cosa variaría. Pero hoy el dinero es el todo. Hay que llegar al dinero de cualquier forma. Y bien sabe Dios que para esto hay muchos caminos. Todos conducen a él. Importa poco coger uno que otro. Lo importante es el final...

CARLOS —(Sonríe y vuelve a expulsar humo hacia arriba.)

VENDEDOR —(Señalando los periódicos.) Ya ve usted, enteros. Nada. Lo que yo digo: que no hay un céntimo. La gente ya no compra ni periódico. ¿Para qué? En otra época a estas horas ya había terminado el paquete. Pero hoy día es diferente. La gente no sale al cine, ni al teatro y los periódicos de la noche solo los compran los serenos. Un duro son cinco pesetas y cinco pesetas comienzan a ser un duro. Como los de antes, ¿sabe?

CLIENTE 2.º —(Asintiendo.) Lo sé, Martín. (Lee con atención los titulares de su ejemplar.) Lo sé. ¡Pero no para todos es igual el mundo, Martín! Créeme. El mundo está lleno de desaprensivos. Hay quien se hace rico en una sola noche y se queda tan tranquilo. A estos son a los que tenemos que envidiar. (Mira a Carlos.) Sí, Martín, sí. El mundo es una porquería. (Cambiando de tono y como dicho sin esperar respuesta.) ¿Conoció usted a Gerardo Vidal? (Aunque la pregunta se la hace al Vendedor, mira profundamente a Carlos, quien tiene un ligero sobresalto al oír aquel nombre.) Fué un tipo interesante.

- CARLOS (Se arregla el nudo de la corbata.)
- CLIENTE 2.º —(Mirando descaradamente a Carlos.) Le cazaron dos calles más arriba. Pero si no le llegan a cazar hoy estaría charlando con nosotros como cualquier persona decente.
- VENDEDOR —(Como quien trata de recordar.) Sí. Algo me parece que recuerdo... Entonces aun no tenía yo la «cabina». (Señala al teléfono), pero ya vendía yo aquí por el día. Un atraco me parece. Creo que a un Banco. Pero esto ya no tiene importancia, don José. De seguir el negocio así, tendremos todos que dedicarnos al asunto.
- CARLOS (No dice nada. Saca su diario del bolsillo y comienza a desdoblarlo, pero sin prestar interés a lo que hace.)
- CLIENTE 2.º —(Iniciando la marcha.) Bueno, Martín. Hasta otro rato. Daré una vuelta por ahí. La noche está maravillosa. Me gustan las noches húmedas como ésta; así, recién lavadas por la lluvia. Se pasea muy a nuestro gusto y se aprenden muchas cosas. (Saludando a Carlos con la mano en el sombrero al pasar.) ¡Pero que muchas cosas...! (Se va por la izquierda con un paso tranquilo.)
- CARLOS —(Pasa ahora las hojas del periódico precipitadamente, como buscando algo. Volviéndose hacia el vendedor y conteniendo el acento.) ¿Quién es ese sujeto, Martín? Resulta un tipo simpático. (Vuelve a su periódico.)
- VENDEDOR —(Encogiéndose de hombros.) Ni lo sé. Viene bastante por aquí y casi siempre de noche. Se llama don José. No sé porqué me parece que tiene negocios sucios. Todos los que hablan así los tienen. Si se quejan lo hacen para despistar. Yo siempre he pensado que debe de ser estraperlista. Pero en fin, sea lo que sea es un verdadero filósofo. A veces dice cosas que le hacen a uno pensar.
- CARLOS —(Que ha encontrado lo que buscaba, lee ávidamente sin prestar atención al vendedor.) No puede ser... No es posible. (Se queda pensativo.)
- VENDEDOR —¿Decía usted algo?
- CARLOS —(Moviendo la cabeza.) No, nada. (Doblando el periódico.) Hablaba conmigo mismo. A veces acostumbro a hacerlo. Se entretiene uno mucho. (Guarda el periódico en el bolsillo de su chaqueta y saca del bolsillo del pantalón unos céntimos.) Deme una «chapa» para el teléfono: ahora recuerdo que debo de llamar a alguien.
- VENDEDOR —(Saca un puñado de calderilla y busca entre los céntimos una ficha. Después se la da.) Si no cae, dé usted un fuerte golpe en el cajetín, todos los teléfonos están hechos polvo.
- CARLOS (Carlos toma automáticamente la ficha y entra en la cabina.)
- (Desde este momento la escena deberá quedar en profundo silencio, dando la impresión de ausencia. Dentro de la cabina Carlos, con visible nerviosismo, deposita la ficha

- y marca un número (234894), el ruido del teléfono se oír amplificado, por el micrófono, como así mismo toda la conversación hablada por el teléfono. En este momento, en la fachada de la casa que hay en el fondo se ilumina una ventana; esta luz debe ser perfectamente advertida por los espectadores. Carlos hablará en la cabina de cara al público.) ¿Es Pedro?
-
- Que se ponga Pedro. (Mira a ambos lados de la calle desde el interior.)
-
- Sí: soy Carlos.
-
- ¿Has leído los periódicos de la noche?
-
- Bien, pues prepárate para la noticia porque presiento que vamos a tener «música» mucho antes de lo que nos hubiese gustado: Gerardo Vidal anda suelto: se fugó el domingo de la cárcel. Lo acabo de leer...
-
- Tal vez resulte increíble, pero es cierto. Debemos hacer algo. Acaso se presente por ahí. Por eso te llamo. (Corto silencio.) ¿Me oyes? Pedro. (Silencio)... Bueno, y ¿qué me dices? Debemos hacer algo. De seguro reclamará su parte.
-
- (Con sorpresa.) Pero tú no harás eso. No puedes; no puedes dejarme ahora en el lio. Yo te entregué el dinero para que me ocultáseis. Ahora debes de protegerme. No podrás escabullir el bulto. Estamos todos en el ajo: Tú, yo, los muchachos, todos. No será fácil que te libres de él. Exigirá su parte. Entre todos, si viene con ganas de pelea se la daremos...
- CLIENTE 3.º —(Silenciosamente aparece en escena el Cliente 3.º Viste traje negro, camisa blanca y pajarita negra. Pide una ficha que el vendedor le entrega y se queda esperando a que Carlos termine.)
- CARLOS —En cuanto a mí y a Julia es diferente. ¡No le creas tan sentimental! Lo parecía simplemente. Por esto tenía éxito entre las mujeres. En el fondo es un materialista. Ahora que está libre lo que le interesará será el dinero. Procurará huir. No creo que pierda el tiempo por sentimentalismos con Julia. Además él lo tiene que comprender. Una chica como Julia no puede estar durante veinte años, es-

perándole a él. Sería absurdo que no lo comprendiese así. (Queda en espera.)

..... (1).

—Piénsalo, Pedro. Yo te entregué la parte que le correspondía a él en el asunto del Banco. Te la entregué para que me ocultáseis hasta que pasara todo. El cree que la tengo yo. Pero bien le puedo decir que te la entregué a tí para que se la guardases... Otras veces hemos hecho esto. No le extrañaría en absoluto. ¿Qué me dices? No creo que te interese perderme... ahora. (Pausa.)

.....

—(Sonriendo.) Bien. Veo que sigues siendo inteligente.

CLIENTE 3.º —(Con impaciencia le hace un gesto a Carlos dándole a entender que está esperando.)

.....

CARLOS —(Con gesto de indignación.) Lo haces así porque no tienes otro camino. (Con dureza.) Si hubieses podido dejarme a un lado lo habrías hecho. (Cambiando de tono.) Bien. Dejemos esto y escucha; tenemos dos medios de librarnos de Gerardo Vidal: que caiga nuevamente en poder de la policía... o que sufra un accidente. Esto sería lo mejor. Quedaría eliminado para siempre, y no tendríamos que estar pendientes del «soplo». Piénsalo. Estaré con vosotros en seguida. Debo atar algunos cabos que andan sueltos, adiós. (Cuelga el aparato. Después su expresión va cambiando, hasta rematarla con una sonrisa irónica. Tras de una vacilación vuelve a echar la ficha y marca un número (de seis cifras). El ruido del aparato se oirá amplificado.) ¿Es Julia?

.....

—Sí, soy yo: Carlos.

.....

—No. Esta noche no pienso ir.

.....

—(Lentamente, mientras mira a ambos lados de la calle.) Sí. Tengo algunos planes y entre ellos no entras tú.

.....

—Mira, Julia. Temo que hayan cambiado un poco los que habíamos hecho juntos.

.....

(1) La línea de puntos significa una pausa, que bien puede ser larga o corta. Esto queda a capricho y comprensión del lector.

—Quiero decir eso: lo que oyes. Que he cambiado de parecer sobre muchas cosas.

.....

—Te lo explicaré en pocas palabras. No podemos seguir como hasta ahora: lo nuestro se acabó.

.....

—No quiero escenas, no tengo tiempo para ellas. Simplemente creo eso: que nos sentará muy bien a los dos dejarlo por una temporada.

.....

—Si te pones así tendré que aclarártelo mejor: Gerardo Vidal, tu antiguo novio, mi amigo íntimo, anda por ahí esquivando a la policía. ¿Enterada?

.....

—No estoy bebido y siento no estarlo. Pero es verdad. ¿Comprenderás el por qué de las cosas, no?

.....

—No creo que sean momentos de andarse con dignidad. Tú ya conoces a Gerardo. Entre nosotros no ha habido nada, ¿sabes?, nada. Yo creo que será muy conveniente para los dos.

.....

—Ya te he dicho que no es momento de andarse con dignidades. (Sonríe.) Además, quien no la tiene. Y esto también va por ti. ¿Me entiendes, verdad?

.....

—Sí. Así, sencillamente.

.....

—(Con fastidio.) Lo nuestro. Lo nuestro. Lo nuestro. ¡No seas estúpida! En la vida nos hemos querido. Tú lo has sabido siempre... Tú eres la novia de Gerardo y yo soy su amigo. ¿Comprendes? Tal vez a Gerardo le convenga creerlo así cuando te vea. Y recuerda esto: en cuanto a su parte en el negocio aquél, tú bien sabes que se lo entregué a Pedro para que éste lo guardara. ¿Comprendes?

.....

—Lo sé. (Corta pausa.) Después de todo unas cartas no tiene importancia. Puedes decir que lo hacía para consolarle, además no creo que tengas necesidad. Aunque yo te las dictase, debes reconocer que lo hacía por él. Sólo por él. Tal vez sea lo único hermoso que haya alentado su vida en estos cinco años. (Sonríe.) Y las cartas lo eran.

Eso bien lo sabes tú. (Vuelve a sonreír.) Yo en este caso soy el mártir: el amigo fiel.

—No creo que nunca te haya ocultado mi cinismo. Ya sabes que presumo de ello. Pero no seas tonta. Debes ponerte dentro de ambiente. Para ninguno de los dos es fácil el asunto.

—Bien. Eso ya es otra cosa. Escucha. Hoy da la noticia un periódico de la noche. Es fácil que se presente en tu casa. ¿Entiendes? Entre nosotros no ha pasado nada, ¿sabes? Nada. Tú sigues siendo la novia de Gerardo. La policía le persigue. El lunes nos siguieron los pasos. Estos días estoy seguro de que me espían. Escucha. La policía tiene una pista: tu casa. Tú eras su novia cuando le cogieron. ¿Comprendes?...

—Me parece que pierdo el tiempo: mira Julia, no creo que sea momento para andarse con escrúpulos. La policía es inteligente. A nadie le extrañaría que volviesen a cogerlo. Lo principal es que vaya a tu casa...

CLIENTE 3.º —(Vuelve a hacer gestos de impaciencia delante de la cabina. Esta vez más impetuosamente.)

CARLOS —(Continúa sin hacerle caso.) ¿Me escuchas?

—(Sonríe.) Bien. (Mira a ambos lados de la calle desde dentro.) Tengo algunas cosas ahí. Debes esconderlas. Quitar las fotografías y todo lo que pueda hacerle sospechar. Como verás todo lo hago por tu bien. Mete mis camisas y mi pijama en una maleta y bájala a la portería. Yo la recogeré de allí. (Vuelve a mirar a ambos lados de la calle sin hacer caso del Cliente 3.º que le hace señas desde fuera.) Tal vez todo llegue a arreglarse. Recuerda que debes ser para él la misma que cuando le llevaron. Es necesario que lo des todo. (Pausa.) ¿No dices nada? (Otra pausa más larga.) Julia, ¿es que no me estás escuchando?

—Tal vez te pida mucho. Pero no demasiado. Tú ya le conoces. Hazme caso. No te arrepentirás. Créeme. (Pausa.)

—Bien. Volveré a llamarte. No olvides de dejar mi maleta en la portería. Adiós. (Cuelga y se queda con la mano sobre el aparato varios segundos.) (1)

(1) Terminará en el próximo número.

SOLEDAD

I

Aunque esté entre muchedumbre,
¡qué solo me encuentro!

¡Quiero gritar, y grito,
pero es que grito hacia dentro!

¡Quiero golpear! y siento
golpes en el corazón.

II

Te sacaré de paseo
y te agarraré del brazo
para presumir contigo,

Soledad.

Te hablaré de mis cosas y me quejaré
y tú me consolarás.

Sin darme cuenta te besaré
y tú me besarás.

Si alguien pregunta, por preguntar,
con quien hablo,
tú te callarás,

que yo le contestaré
que voy con mi Soledad.